

ALMAS GENERALAS

УМКОР. БСОЗДШДН УДУМН



Almas Gemelas



César Casanova López

<http://cortados.hostei.com>
<http://cortados.idomyweb.com>

© 2007 César Casanova López



Almas Gemelas por César Casanova López está bajo una licencia Creative Commons: Reconocimiento - No comercial - Compartir bajo la misma licencia 2.5 España.

La imagen de la portada es un collage de fotografías publicadas bajo Creative Commons: Janne Moren (El androide), Shrinath S. (El edificio), Paul Coffman (el Karakuri ningyo)

Escrito en Diciembre de 2007 con OpenOffice.org

As a young teenager, Lennon had hallucinatory images while staring at his face in the mirror. Twice in his adult life he came perilously close to going over the edge.

Los dedos, pálidos y delgados, tamborileaban veloces en el aire estanco del cubículo, unos centímetros por encima de la mesa de trabajo. De un receptáculo bajo el estrecho tablero de polímero blanco colgaba una diminuta consola de IINet. El led TX/RX del *Webstar* parpadeaba desde el panel frontal con una intensa luz azul, que teñía a cortos intervalos la superficie inferior de la mesa; y aún lograba reflejarse en las losetas de caucho lechoso que conformaban el piso, encajadas entre sí como un puzle gigante. Sobre ellas pataleaba inquieta la zapatilla de goma, provocando un chirrido agudo y constante; y era éste el único sonido en el interior del angosto despacho, como el chillido de un ratón solitario en un almacén abandonado. La rodilla brincaba una y otra vez, disipando la energía nerviosa reconcentrada en forma de estrés; la válvula de escape de un cuerpo entumecido vestido con mono blanco, vibrando casi imperceptiblemente, como una vieja máquina sobrecargada. A un metro escaso sobre el cráneo reluciente, cubierto de una escasa y fina pelusilla cana, un panel de leds bañaba la habitación con una luz difusa, pálida y fría. Sentado en una silla de aluminio y plástico blanco, como la mesa sobre la que encorbaba su cansada espalda, Jon Dope batía las manos mecánicamente. En silencio, con los párpados cerrados y un gesto de profunda concentración; podría pasar por un pianista ciego tocando un teclado imaginario, o por un escultor de aire, dando forma a algo muy delicado e invisible. Allí encerrados, el escaso mobiliario, sobrio y pálido, y aquel cuerpo fofo propiedad de un programador desahuciado por su mente. Aislados en aquel despacho asfixiante de 2x2x2, cuyo perímetro encerraban las mamparas de plexiglás esmerilado, atornilladas al suelo y al techo, que relucían con una débil luz interior y que apenas podían diferenciarse de la puerta cerrada, a las espaldas del cansado *obrero del código*.

Pero todo eso daba igual. Las cualidades físicas del despacho no tenían relación con la *realidad* a la que estaba conectado Jon Dope. Porque las paredes de plexiglás no limitaban su visión a ese angosto espacio-tiempo. Sus ojos no miraban, pero su cerebro *veía* las líneas de código, los esquemas, los datos; *contemplaba* los módulos software interconectados entre sí, flotando en el ciberespacio. Subrutinas y objetos programados, representados en el conjunto del sistema por cápsulas tridimensionales de colores primarios, tatuadas con complejos ideogramas. La luz del cubículo era innecesaria, así como los gestos de sus miembros en tensión. Los pálidos trodos de goma, adheridos a su cráneo como ventosas, transmitían las señales encefálicas hacia la consola de forma inalámbrica, sin que fuese necesaria ninguna otra interfaz. El *Webstar MODEM*, la consola de IINet más moderna del mercado, interpretaba estas señales como patrones de procesos mentales mecánicos y los traducía a un lenguaje sintético, que era después emitido y ejecutado en tiempo real en una máquina virtual formada por uno de los *cluster* de servidores de la compañía, enlazados a través de la *Red*. A su vez, el *cluster* alimentaba a la consola con los resultados, que los convertía en impulsos eléctricos discernibles por el cerebro del usuario, los modulaba y los radiaba hacia los trodos. Los movimientos físicos e involuntarios de Dope representaban únicamente un reflejo inconsciente, característico de los trabajadores veteranos que utilizaron durante décadas guantes y gafas de Realidad Virtual. Los visores y los guantes de VR, que no eran más

que burdos transductores mecánicos, había sido gratamente sustituidos por los trodos craneales veinte años atrás. Y por último, igualmente prescindible resultaba aquel cuartucho deprimente, pues Dope podría trabajar desde su modesto apartamento a través de su modesta conexión a IINet. Sin embargo, los directivos de *zaibatsu* HMC Corp habían establecido una normativa inflexible sobre el acceso a sus *clusters* de servidores neurales. Entre otras, estaba la orden de que los empleados de nivel siete e inferiores accediesen a los recursos de la corporación única y exclusivamente desde los cubículos especialmente habilitados para el desarrollo de sus actividades. Argüían a un eventual y poco probable ataque de seguridad a sus más que firmemente protegidos sistemas informáticos. Quizá era una forma encubierta de socializar a los empleados, algo difícil entre los introvertidos informáticos.

Jon Dope era programador físico en HMC Corp y, como tal, su tarea consistía en desarrollar módulos software autónomos para servomecanismos robóticos, controladores de dispositivos cibernéticos. Su código debía ejecutarse cuando el sistema central, el cerebro del autómatas, lanzase la señal nerviosa al músculo de aleación metálica. Era el cansado señor Dope el responsable de que las articulaciones de la muñeca del último modelo de robot humanoide girasen en la forma debida, en el momento justo, de modo que el perfecto apretón de manos conviniese definitivamente al futuro e incondicional accionista de la HMC Corp. Hacía varios meses que estaba inmerso en la producción de los módulos para el proyecto Géminis, que había nacido envuelto en un mayor secretismo del habitual y que se había desarrollado con impaciencia y apresuradamente; lo que inducía a pronosticar un futuro poco alentador para el programador, una condena de muchas horas extra encerrado en el pequeño cuchitril de luz blanca. Los vagos trabajan dos veces, decían algunos; pero sin duda los esclavos trabajan muchas más. La última versión del controlador que diseñaba Dope, aún en fase de depuración, debía eliminar un supuesto temblor inicial en la muñeca artificial, una ligera convulsión justo antes del movimiento requerido. No había sido capaz de encontrar ningún *bug* en el código primitivo que pudiese provocar tal sacudida en la articulación mecánica; de modo que decidió implementarlo de nuevo desde cero, siguiendo esta vez la última versión de las especificaciones de los servomecanismos. Gal Fabry, su jefe, gritaba e imprecaba desde su despacho virtual en la *Red*. Querían algo funcional y sin fallos, y lo querían terminado para anteayer. Aún quedaba mucho trabajo de depuración, más pruebas, más modificaciones; y puesto que no se había seguido el proceso de estandarización habitual de los módulos, era de esperar que los errores fuesen presentándose sin previo aviso. Por si fuera poco, la compañía había anunciado que la versión 1.0 del androide Géminis estaría en el mercado a finales de Octubre. La reputación de HMC Corp debía defenderse a toda costa, y como Noviembre ya había consumido algunos días, los directivos decidieron lanzar una precoz versión 1.0, con ciertos (e inciertos) leves defectos de diseño y fabricación, ocultos bajo aquel exoesqueleto de titanio. Una verdadera lástima, se decía Dope, porque la precipitación podía hundir un buen proyecto. Y aun con la poca información que le llegaba desde arriba, era evidente que éste era uno ambicioso, incluso crucial, para el futuro de la *zaibatsu*. Era difícil asegurar nada, no obstante. Él se encargaba de fabricar vulgares *tornillos*, se los pasaba a su superior de sección, del que no conocía más que su elegante y uniformado avatar en la red local, y finalmente esas pequeñas piezas podrían formar parte de un aerodeslizador de lujo, o por el contrario, de un tostador cutre. El trabajo especializado le hacía sentirse como una estúpida hormiga arrastrando algo pesado e inservible, como un matemático loco calculando sin objetivo ecuaciones abstractas y totalmente erróneas. Casi todo lo que conocía sobre el Géminis lo había visto en el *site* publicitario de la compañía. Allí habían colgado una versión virtual

del androide, que se movía y hablaba casi como un humano. El nivel racional era asombroso, incluso arrojaba cierto grado de personalidad individual. No le extrañaba que prestasen menos recursos a los desarrolladores físicos como él, pues la funcionalidad mecánica del autómatas ya no era vital. Con ese cerebro avanzado, el robot podría dedicarse a tareas más intelectuales y menos materiales. Dope no conocía la programación neuronal efectuada sobre el prototipo Géminis, pero sin lugar a dudas los ingenieros de IA habían dado un gran paso cualitativo en su área. Si finalmente conseguían una reproducción corporal de un hombre mecánico como el que anunciaban (que fuese capaz de caminar sin caerse al suelo a cada paso por algún defecto en los servos), se quitarían de encima a la competencia durante al menos cuatro décadas. Así pues, el éxito o el fracaso del proyecto apenas dependía de él. El valor de aquel nuevo androide residía en su cabeza bien amueblada. ¿Pero qué importaba? En todo caso, la recompensa de la victoria final se diluiría, como ocurría siempre, en los primeros niveles jerárquicos, mucho antes de alcanzar a los trabajadores de su categoría. Los que ganarían realmente serían los miembros del comité directivo. *Businessmen* de nivel uno, seres superiores ataviados con oscuras túnicas empresariales que jamás se mezclarían con los de su calaña. Esos que vivían en castillos rodeados de pastos verdes, lejos de las arcologías, que disfrutaban de vacaciones durante casi todo el año, y viajaban a islas perdidas en medio del océano, donde no llegaban las balsas residuales de petróleo y basura que atestaban la bahía de Tokyo, el deprimente *kippel* que Dope observaba aburrido cada día desde el monorraíl. A ellos les atendían bellas camareras en los hoteles de lujo, y disfrutaban de animales de verdad, y plantas y árboles y arbustos de especies que Jon únicamente podía ver en viejos documentales de consola. Eso suponía, al menos. Si no, ¿de qué servía ser un semidiós, seis niveles por encima del suyo?

Con la mente secuestrada por sonrientes camareras de piel tostada y cuerpos exuberantes, curvas sensuales bañadas por la luz anaranjada del ocaso sobre el mar en calma, que lame entre susurros la playa tropical de fina arena y palmeras... la sirena de salida, mecánica y aguda, le despertó de sus ensoñaciones: *aquí y ahora*. La conexión a la intra-IINet corporativa se cortó unos segundos después del aviso. Los bloques de colores vivos se alejaron y el oscuro espacio circundante se cerró sobre él como un túnel sin salida. Entonces apareció la representación tridimensional de su *home*; un desordenado salón virtual almacenado en local, en el disco óptico de la consola; una habitación decorada con su propio estilo y que contenía sus archivos personales, manuales de sistemas y programación, vídeos, música, y algunos objetos programables de utilidad. Allí vio la nota, enorme y parpadeante, pegada en una de las paredes, junto a otros *post-it* en *standby*, que esperaban minimizados a que se cumpliera la fecha y la hora establecidas. Avanzó hacia la nota activada, y a su paso, el avatar medio calvo se reflejó en un espejo cercano. Sus manos de neón recogieron el *post-it*, y dos cuadros que reproducían vídeos de animales salvajes del pasado siglo XXI quedaron al descubierto tras la nota. Casi lo olvidaba, hoy tenía cita para la revisión médica anual de la empresa. El avatar sonrió y sus verdaderos labios en *RL* se torcieron en una simpática mueca, mientras formaba una pelotita con la nota y la lanzaba a la papelera de reciclaje, en una esquina del *home*. Un destello de luz y un cómico sonido de rayo láser procedentes del icono tridimensional de la papelera le indicaron que la nota se había desintegrado. Bien, hoy tendría oportunidad de hablar con alguien *de verdad*, para variar. Incluso podría conocer a una simpática y bonita enfermera...

Jon Dope observaba tras el cristal blindado de una de las cabinas del ascensor triple, que ascendía veloz hacia el cielo de hormigón, en dirección al último nivel de

rascacielos del *space plateau* siete. Debido al estrés y a la extenuación psíquica que acumulaba durante la jornada laboral, cuando iba de vuelta a casa solía llevar la cabeza gacha y los ojos cerrados; como si su cerebro no admitiese más información, empachado de imágenes que analizar y controlar. Batido por el oleaje de la muchedumbre, acostumbraba caminar como un zombie, con la mirada perdida, nublada a propósito para no ver más de lo imprescindible, para no sentir ese *déjà vu* diario. Y era comprensible, pues en cualquier caso conocía todos y cada uno de los detalles de su *plateau*, del séptimo nivel de esa superestructura de la que nunca saldría, de esa mega-ciudad vertical en forma de torre de refrigeración sobredimensionada. Sin embargo, hoy estaba de buen humor y sus ojos sedientos de novedad buscaban ansiosos en todas direcciones.

Arriba, como siempre, el disco de hormigón gris del *plateau* superior, una plataforma circular de doscientos metros de diámetro cubierto de paneles publicitarios luminiscentes. Aún seguían anunciando las píldoras *Cleanshit*, para gelatinizar tus heces e ir cómoda y regularmente al baño. Debajo del enorme cielo de cemento y propaganda, las impresionantes columnas curvas que lo soportaban, rodeadas de ascensores que se arrastraban veloces sobre las superficies inclinadas. Al fondo, como ventanales gigantescos entre los gruesos pilares, la torre se abría hacia el exterior, hacia el cielo libre y azul, moteado de diluidas nubes color canela. Más abajo se extendían de columna a columna bloques de oficinas y viviendas, rascacielos espejados y clónicos, distinguidos unos de otros por los logotipos holográficos representativos de las subempresas-franquicias alojadas en cada lugar. Eran bloques de veinte plantas que caían en cascada sobre la plaza central, formando una muralla perfectamente circular sobre el área de recreo. Justo encima de los rascacielos se hallaban tendidas las vías del monorraíl, sobre las que transitaban de una a otra dirección los cristalinos gusanos eléctricos, dando vueltas sin parar, recorriendo el perímetro circular de la torre, recogiendo y dejando a los viajeros en cada uno de los apeaderos situados junto a los gruesos pilares.

Era hora punta, y la plaza central del *space plateau* se veía atestada de jóvenes trabajadores de nivel siete, paseando con sus parejas y sus retoños. A cada segundo, la plaza se hacía más y más pequeña debido a la rápida escalada del ascensor. Desde el punto de vista de *Dope*, aquellos hombres y mujeres no eran ahora más que hormigas. Y en ese momento le golpeó una arcada de resentimiento, hacia todo su entorno, hacia la sociedad en la que vivía y, sobre todo, hacia esos tipos simples que parecían esforzarse en ignorar la desagradable realidad de la vida cotidiana. ¿O quizá para ellos la vida tenía algún sentido? ¿Por qué él no había conseguido formar una familia? ¿Por qué lo necesitaba? Sabía que jamás tendría descendencia. Su *yo* moriría y se disolvería en el tiempo. Pero de pronto, entre esos para-felices animales, distinguió también hombres plateados, androides programados en parte con su software, su ADN intelectual. Y entonces comprendió que también él formaba parte de esa sociedad. Aunque perteneciese al gran conjunto de *inferiores*, no había que engañarse. Con los androides era más evidente. Para que nadie pudiese confundirlos con personas *de verdad*, sus amos, dejaban desnudo el exoesqueleto metálico, en lugar de cubrirlos con esos nuevos tejidos sintéticos que tan increíblemente imitaban la piel humana. Esos pellejos sólo estaban disponibles para las muñecas de recreo de los altos cargos. Los demás androides debían andar desnudos, reflejando su inferioridad metálica. Y los obreros como él, a ellos los hacían brillar con uniformes estandarizados de colores vivos.

Sacudió con vigor su cabeza de un hombro a otro, meneando apenas su debilitado cabello, hasta que consiguió deshacerse de esas malas vibraciones. No podía permitir que sus fobias y sus rencores le fastidiasen una tarde prometedor. Hoy deseaba estar de buen humor, para variar. No le dio tiempo a ver mucho más desde las alturas. El elevador

había llegado al último nivel del *plateau* y los trabajadores y trabajadoras, cansados y ansiosos por llegar a casa, le empujaron hacia el exterior. La muchedumbre le condujo inexorablemente en dirección al apeadero del monorraíl. Cuando pudo deshacerse de la masa, se acercó a una terminal de información, un poste rojo que sostenía una pantalla holográfica. No recordaba exactamente cómo llegar a la clínica, así que accedió a la opción *Mapa*. Seleccionó con el dedo índice su destino en el esquema tridimensional, y el sistema le indicó paso a paso los servicios de transporte que debía tomar. No era necesario cambiar de torre, eso ya lo sabía; lo que era una lástima, aunque le hubiese hecho perder mucho más tiempo. Siempre que podía, aprovechaba la oportunidad de pasear por zonas desconocidas de la metrópolis vertical. No es que recorriese las torres como un león encerrado, él estaba domesticado, como todos los demás ciudadanos. Simplemente disfrutaba del lujo de moverse; un lujo a nivel económico y por la falta de tiempo. Se apartó de la terminal y esperó al tren durante un minuto, mirando absorto hacia el andén atestado de trabajadores, en torno al brillante raíl metálico, y más allá, perdiendo la vista en el vacío espacio azul salpicado de nubes blancas y marrones.

La arcología SkyCity2000 constaba de tres torres cónicas, unidas entre sí por estrechas pasarelas a la altura de los *plateaus* dos y doce, formando en planta un enorme triángulo. Cada torre se alzaba poco más de dos mil metros sobre el asfalto de la vieja ciudad de Tokyo. Estaban formadas por catorce *space plateaus*, algo así como barrios residenciales e industriales de forma circular, que se estrechaban con la altura. Las plazas centrales albergaban parques, comercios, pistas deportivas, y también grandes fábricas en los niveles inferiores. Entre las tres torres y las plataformas triangulares que flotaban entre ellas, la arcología ofrecía un área de unos cincuenta kilómetros cuadrados. La *zaibatsu* HMC Corp era la dueña de las torres, además de algunas fábricas dispersas por los suelos baldíos de la antigua China. No obstante, las franquicias y las sucursales de corporaciones extranjeras jugaban también un importante papel en la estructura comercial de las *zaibatsu*. La oferta y la demanda estaba equilibrada y era enorme. Demasiados centros comerciales, demasiados hoteles, demasiados parques, demasiado espacio para ser recorrido plenamente en el escaso tiempo de ocio de un programador como Jon Dope. En sus cuarenta años de vida, íntegramente dedicados a HMC Corp, Dope no había abandonado nunca la ciudad vertical, el icono de la corporación. Para eso era necesario un permiso especial que nunca conseguiría. De todos modos, fuera de SkyCity2000 no encontraría nada interesante; nada en absoluto más que sistemas empresariales clónicos. De Este a Oeste sobre la faz de la Tierra, el poder de las corporaciones comerciales proyectado en estructuras imponentes y temibles, arcologías de arquitectura singular en las que nacían y morían los *salarymen*; y entre ellas, o mejor dicho a sus pies, marchitas estructuras de cemento mugriento y corroído por la polución, gigantes esqueletos de acero quemado, tristes bloques de viviendas ruinosas sumidas en la escoria de tiempos pasados, fábricas anticuadas inundadas de residuos, calles oscuras y solitarias atestadas de basura. Junto a la base de las torres de SkyCity2000, en la bahía, en lo que una vez fue la zona más vital e incluso congestionada de la ciudad de Tokyo, ahora quedaban únicamente las residencias-dormitorio de los obreros de niveles inferiores; por el día, tan sólo bolsas de plástico y aceitosas nubes de humo vagaban sobre las extensas avenidas de asfalto pálido y agrietado, empujadas por el viento solitario. De modo que en su semana de vacaciones anual, el *programador de articulaciones* aprovechaba, como todos los de su categoría, para escapar de la rutina escalando varios niveles de la torre, a bordo de alguno de los ascensores de alta velocidad. Allí arriba, los ahorros de varios meses de trabajo se disipaban rápidamente en lujosos *resorts*. Porque a partir del nivel diez, los campos de golf, los cuidados y extensos jardines, los parques de atracciones y de

aventuras, los balnearios, los casinos, las estaciones de esquí y los demás clubes de lujo, proliferaban casi en igual medida que las roñosas fábricas de sudor en los niveles inferiores.

Los violentos empujones de la muchedumbre le apartaron de sus pensamientos y embutieron su cuerpo fofo en el vagón del monorraíl, que acababa de llegar a la estación. Jon Dope estaba rodeado de un mar de gente, sin poder sujetarse a ninguna parte. En el interior del vagón apenas se percibía la inercia, y la masa de asalariados le impedía caer al suelo, pero era conveniente asirse a alguna barandilla si no quería ser arrastrado afuera por la marabunta en la siguiente parada. Intentó abrirse paso hasta el lado opuesto a las compuertas. Allí podría ir bien sujeto mientras echaba un vistazo al exterior de la arcología, a través de las gruesas paredes de vidrio del tren. Empujando con todas sus fuerzas y a base de codazos, se abría paso entre los monos de trabajo y los trajes arrugados para poder avanzar unos centímetros cada vez. Y cuando por fin creía que lo había conseguido, en el momento en el que el último *salaryman*, un hombre grueso de impactante olor corporal, se apartó de mala gana, se encontró de cara con otro obstáculo más. Un reluciente trozo de titanio, de pie sobre dos patas cortas y asido a la baranda con ambas extremidades superiores, largas y terminadas en complicadas pinzas recubiertas de goma blanca. Su cabeza era grande como una sandía y daba la impresión de ser mudo, pues no había en su rostro de metal nada parecido a una boca. Al primer vistazo parecía un chimpancé mecánico, cuadrículado, cristalizado. Pero era algo más, era un Géminis 1.0 recién salido de la cadena de montaje. Y sus ojos vivos y profundos se enfrentaban a los de Jon, que quedó hipnotizado en aquel mismo momento. Los dos, el androide y el programador, se miraron fijamente a los ojos durante unos instantes, pero para Jon Dope resultó un lapso atemporal. Más tarde, razonando lo sucedido, se dijo que era simple empatía por un ser racional como aquel. El Géminis representaba sin duda un gran paso en la evolución robótica. Aquel androide, a diferencia de sus antepasados, no sólo era capaz de arrastrarse a través de los pasillos laberínticos de la arcología transportando mercancías físicas y virtuales, no sólo servía como obrero, mecánico, mayordomo o camarero. El Géminis tenía la capacidad de aprender del comportamiento humano, y de aplicar ese conocimiento para afrontar por sí mismo retos de complejidad conceptual superior. No estaba programado para resolver problemas simples de un universo reducido e invariable, como los demás pedazos de metal con patas. Los dioses que diseñaron su pequeño cerebro lo habían preparado para adaptarse y aprender como hacían los humanos. Su mente era más parecida a la de un niño que a la de un autómatas, pero con las ventajas computacionales de las máquinas. Eso decía la publicidad, al menos. Y Jon Dope pudo comprobarlo en sus ojos... Tras esas cámaras, en el interior de esas pupilas eléctricas, había una identidad propia, inteligente y personal. Se sintió algo incómodo al observar tal identidad, ese algo casi humano encerrado en el interior de aquel ser mecánico plantado frente a él, observándole con calma. Fue como mirar fijamente al espejo y comprender que el otro yo también está vivo, que no es una cosa, que ese otro yo te observa a ti a través del cristal con el mismo interés que tú a él. Más tarde, se dijo que la extraña sensación había sido producto de varios factores unidos simplemente por la casualidad. En el estrés y el agotamiento diario nadie se mira a los ojos de forma directa; y si eventualmente dos miradas coincidiesen por casualidad, quizá los implicados sintiesen algo entre sí, una identificación, una empatía que normalmente se destruye con las aglomeraciones. Después estaba su rara amistad y compasión por los entes inferiores. Se conocía bien a sí mismo, sabía de su tendencia a reflejarse en los seres simples e inocentes, como los animales o los robots. Fuera como fuese, transcurrido ese inquietante lapso frente al androide, éste reaccionó diciendo:

- Discúlpeme, señor. Tome mi lugar -sonó la voz dentro de él, mientras apartaba su cuerpo mecánico para ceder el espacio a Dope.

- Muy... amable... -Fue lo único que pudo decir el programador, antes de que el autómatas se perdiera entre la muchedumbre, en dirección a las compuertas neumáticas.

Unos segundos más tarde, el monorraíl efectuaba una nueva parada. La gente se movía como si le fuese la vida en ello. Allí estaba el robot, esperando pacientemente a que le permitiesen bajar del tren. Su turno llegó y fue a salir del vagón con movimientos delicados y evidentemente preprogramados. Para asegurar su equilibrio, dirigió su pinza engomada al marco de la puerta transparente con intención de agarrarse. Al contacto con el vidrio, grasiento por el sudor proletario, la muñeca comenzó su rutina de adaptación angular y amortiguadora; pero antes de empezar a ejecutar la partitura de giros y desplazamientos, los servomecanismos vibraron espasmódicamente. Un observador distraído no se hubiese percatado del nimio tick, pero el programador responsable de esa precisa articulación no pudo mirar hacia otra parte. Jon Dope observó con desconsuelo como su *driver* defectuoso traicionaba al Géminis 1.0. El androide, esa estilizada figura metálica símbolo de la más alta ingeniería humana, resbaló y cayó sobre una gorda de traje arrugado y corbata negra. La mujer, veloz como una sacudida eléctrica y con los ojos inyectados en sangre, se dio media vuelta y agarró al autómatas para quitárselo de la extensa chepa. Durante un buen rato lo zarandeó de un lado a otro maldiciendo a sus creadores, y cuando quedó satisfecha lo arrojó a un lado con desprecio, para continuar después su camino, enfurecida como una bestia salvaje.

- Mierda... -se dijo en silencio Jon Dope, mientras algunos viandantes pasaban con apatía por encima del maltrecho mecanismo. Debía depurar el nuevo módulo cuanto antes. No soportaba ver a los humanos menospreciar de esa manera a los robots.

Con esfuerzo logró expulsar de su mente los diagramas y las líneas de código. No quería entregar su mente a la faena diaria de nuevo. Aún le quedaban unas pocas horas libres, antes de que el *deber* le devolviese al cubículo. Las compuertas se cerraron de nuevo y su mirada se arrastró veloz por entre la selva de trajes y monos de colores hasta llegar a la ventana del vagón. El monorraíl se deslizaba sobre el canto del *plateau*, al borde del precipicio. Desde allí podía ver el exótico exterior, la bahía contaminada por el petróleo y la basura, las ruinas de los viejos rascacielos y las estructuras de hormigón destruidas por el tiempo y el abandono. El sol relucía en el cielo claro y arrancaba brillantes chispas del oscuro mar agonizante. Las aguas renegridas por los vertidos industriales se movían con dificultad, bajo cardúmenes de algas y desperdicios entrelazados, conformando extensas plataformas sobre las que las gaviotas enfermas se arrastraban picoteando aquí y allá en búsqueda de alimento.

Bajo el ronroneo de decenas de conversaciones, el vagón anunció la siguiente parada, la suya; de modo que se preparó para la misión "aparearse rapidito y sin heridos". Las compuertas neumáticas sisearon y una corriente de trabajadores comenzó a fluir atropelladamente desde dentro hacia fuera y viceversa. Dope se montó con éxito en la ola que llevaba hacia el exterior, pero le empujaban más rápido que lo que sus pies podían avanzar. Cuando estaba ya en el borde del vagón, tuvo que apoyar una de sus delicadas manos en el marco de la puerta, para compensar los empujones. Sin embargo, su palma resbaló de la superficie grasienta y, sin poder evitarlo, cayó de boca sobre el andén, que en ese preciso momento había quedado despejado. El tipo a sus espaldas le pasó por encima como si fuese un felpudo, murmurando sin ganas algo similar a "disculpe". Dope se apartó apresuradamente de la entrada para no ser pisoteado de nuevo. Tuvo suerte de no haberse lastimado de verdad, tan sólo tenía algunas rozaduras en las rodillas y en las palmas de las manos. Mientras se levantaba, dolorido, maldijo un par de veces al cretino

estresado que le había empujado, pero también a su propia torpeza. De tanto usar los trodos había olvidado a manejar sus propios miembros. Refunfuñando, echó a andar con la cabeza gacha por las pasarelas laberínticas en dirección al ascensor de alta velocidad, que le llevaría al *plateau* superior y a su destino, la clínica Farmacom.

Por desgracia, también parecía ser hora punta en la franquicia, congestionada de *salarymen* esperando el chequeo médico anual. Tuvo que esperar más de media hora, pero por fin le llamaron por megafonía.

- Dope, Jon. Sala trece... Dope. Sala trece...

Buscó la puerta trece y pasó. La consulta era más confortable de lo habitual. Una habitación amplia y cuidadosamente decorada. Había una ventana de verdad, una ventana de vidrio que daba al exterior de la torre. Orientada a occidente, encuadraba una preciosa puesta de Sol.

- Siéntese -dijo el tipo de bata blanca.

Dope se sentó. Se sintió bien, a gusto, reclinado cómodamente en el sillón de plasticuero acolchado. Los rayos rosados penetraban por el grueso cristal, y calentaban su rostro ceniciento. Se sintió bien incluso cuando el enfermero, un tipo grande y robusto, le apuñaló la vena con una aguja de plástico.

- ¡Ouch! Eh... Preciosa tarde, ¿verdad? -Cualquier cosa menos pensar en la aguja.- Tiene suerte de trabajar aquí, con una ventana al exterior, luz natural...

- Sí, todo un lujo -le cortó el enfermero, con un deje sarcástico. El rostro rudo, cincelado en una continua mueca de amargura, estaba absorto en la aguja, que retorció en la vena de Dope con sus manazas hasta conseguir un par de tubos de su sangre.- En realidad, éste es el despacho de mi jefe. Por cuestiones técnicas, tres de las consultas han quedado inutilizadas; no tenemos máquinas de extracción ni cabinas de escaneo. -Metió las muestras en una gran nevera transparente que parecían haber colocado provisionalmente en un rincón del despacho, arrugando la valiosa alfombra, y durante unos instantes un vapor frío escapó del interior.- Estamos saturados, las consultas están llenas y encima tenemos que pinchar y escanear a mano. Todo por un maldito fallo informático. A ver si acabo el turno de una puta vez...

- Eh, sí... Qué mala suerte... -Cualquier cosa menos pensar en la aguja.- ¿Ha... ha visto el nuevo androide de HMCorp? -preguntó Dope, sin poder evitar una sonrisa. Ese sí sería un buen enfermero, delicado, preciso, atento y servicial. Aún tenía el brillo del Géminis grabado en la mente, una verdadera preciosidad. Deberían diseñar un robot hembra también...

- ¿Otro puto *andrillo*? Malditos sean, acabarán por invadirnos... Las calles empiezan a estar abarrotadas de esa escoria metálica. Pronto nos robarán el trabajo, nuestros empleos a la mierda. Terminarán por echarnos a la calle. Estoy seguro de que los de arriba pretenden sustituirnos poco a poco por esa maldita chatarra... Pero qué más da, estoy hasta las pelotas de vivir encerrado como una rata. Seguro que los más sucios curritos de nivel nueve se divierten más que nosotros... Al menos pueden salir de aquí para ir a dormir y respirar el aire del exterior. -Sacó la vía de un tirón y la echó a un recipiente con la pegatina de peligro biológico.- Desnúdese y quédese ahí de pie... -ordenó con aspereza, mientras cogía un escáner con forma de sartén. Se lo pasó repetidamente de arriba a abajo y por los costados, sin prestar mucha atención. Una consola de IINet bajo la mesa del jefe recogía los datos clínicos.- Pues ya está. Vístase y deje la puerta abierta al salir -dijo el enfermero, sin mirarle siquiera a la cara. Arrojó el escáner sobre la pulida superficie de la mesa de falsa caoba, hacia la que se había girado. Quedó absorto en una pantalla táctil instalada sobre el tablero, consultando los datos del siguiente trozo de carne a analizar.

- Eh... Sí... ¿Eso es todo? -Dope aún recordaba el test del año anterior. La última vez fue algo más extenso.

- La clínica le pasará un informe a su franquicia o corporación en cuanto los datos sean procesados. Su superior le informará de los resultados. ¡Juan Pérez! ¡Sala trece! -gritó con violencia hacia el micrófono integrado en la carcasa del monitor, como si toda esa electrónica fuese tan sólo de adorno.

- Ya, ya... Pero, ¿y el escáner cerebral? -insistió Dope. El enfermero aún estudiaba la pantalla.

- ¿El qué? Ya le he pasado el escáner -respondió como a la defensiva, volviéndose de nuevo hacia el programador. Su rostro cerril irradiaba una mezcla de incredulidad e irritación.

- En la última revisión me hicieron un escáner cerebral... Era una máquina grande... donde metías la cabeza y...

- Llevo en esta franquicia más de diez años y jamás he oído nada acerca de escaneos cerebrales... Le tomaron el pelo, amigo. O quizá su empresa tenía curiosidad por conocer algo más concreto acerca de usted... Quizá pensaron que estaba enfermo, ¿qué se yo? Y ahora lárguese... ¡Juan Pérez! ¡Sala trece! ¡Siguieeeeeeeeeenteeee! -volvió a gritar, esta vez hacia la puerta. En su rostro rubicundo los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas.

Con el brazo dolorido y un justificante impreso y sellado por la clínica metido en el bolsillo trasero de su mono blanco, Jon Dope esperó impaciente el ascensor que le llevase a casa. Definitivamente, la tarde había resultado un completo desastre. A excepción, eso sí, del fugaz encuentro con el Géminis. Lástima que no hubiese tenido la oportunidad de poner a prueba sus habilidades psíquicas. Quizá en otra ocasión. Posiblemente la compañía les cediese una unidad para que los programadores e ingenieros comprobasen el resultado de su trabajo... No, estaba soñando, eso era poco probable. Para empezar, les azuzarían y les impedirían abandonar siquiera por un instante sus tareas hasta que consiguiesen un Géminis exento de fallos.

Estaba muy cansado y quería llegar a casa. Ya había perdido definitivamente la esperanza de que algo bueno cambiase su pesada existencia, y nuevamente el cansancio se apoderó de su cuerpo oxidado y torpe. Missi, a estas horas, estaría maullando desesperadamente por su ración diaria de bolitas de carne. Por fortuna, las calles iban quedando libres y era más fácil caminar. Los obreros cenaban en sus modestos hogares o se preparaban para disfrutar de unas horas de sueño, antes de volver de nuevo al quehacer rutinario. El *space plateau* parecía ahora más grande, vacío de gente, casi desierto. Los letreros publicitarios flotaban en el aire como estrellas muertas, la intensidad del alumbrado público había caído a la mitad, y la luz carmesí de la Luna formaba curiosas sombras entre las columnas y las fuentes decorativas de la plaza, detenidas a esta hora. Pero aún se distinguían algunos jóvenes en los asientos de hormigón, al abrigo de los escasos árboles transgénicos, robándole horas a Morfeo para poder disfrutar de la extraña noche de la arcología. Y, por supuesto, no faltaban los pequeños robots de mantenimiento, llevando a cabo sus tareas de limpieza y reparación mientras los demás dormían. El monorraíl le llevó al otro extremo del *plateau*, mientras observaba a través de los ventanales, siempre hacia el exterior de la torre. En la oscuridad de la noche, las construcciones semiderruidas de la bahía se alzaban a sus pies con siluetas misteriosas, iluminadas muy débilmente desde el cielo por la Luna rojiza, y desde el vetusto asfalto por hogueras de basura que calentaban la noche fría de los más desfavorecidos por el sistema. Al otro lado, en las aguas negras del mar, titilaban enanas rojas que nacían y

morían con el oleaje.

Así que el escáner cerebral no era común para todos los miembros de la empresa... Claro, debió imaginárselo. Nunca antes le habían pasado ese tipo de escáner; sólo fue aquella vez. Como no deseaban malgastar el tiempo pidiéndole expresamente su autorización para el dichoso examen, lo habían camuflado como uno rutinario de control de la salud. Dope daba por sentado que sus patrones estaban contentos con él, interesados en su carácter pacífico y sociable, en su personalidad trabajadora y servicial, pues era un hombre sencillo que cumplía las órdenes sin titubeos ni cuestiones. Quizá querían saber por qué él era así y otros no. Los demás se quejaban a menudo y pedían más y más, se negaban a trabajar bajo determinadas condiciones. Dope sabía que todo eso era inútil, así que se dejaba llevar. Sus superiores nunca habían sospechado, por lo tanto, que en su interior albergaba un gran resentimiento contra el sistema. Quizá fuese eso lo que buscasen, asegurarse de que esos peligrosos sentimientos no se hallaban en él. Quizá después de ese examen supieran algo sobre él que... No, seguramente no; de ser así se habrían encargado de él, justamente un año atrás. Y es que no podía evitarlo, cada vez que su jefe le recriminaba sin motivo, cuando le daba una orden arbitraria y estúpida la cumplía de forma inmediata, pero al mismo tiempo añadía una hebra más a un ovillo de odio que crecía y crecía en su interior. También estaban las franquicias de los niveles superiores, que le trataban *lógicamente* como a un inferior, como si su dinero apestase al sudor con el que lo había ganado... Una vez al año gastaba buena parte de sus ahorros en los *plateaus* superiores para sentirse mejor, pero cuando pasaba su antebrazo por el lector de biochip para confirmar la reserva, su ficha de obrero nivel siete aparecía en la pantalla. Entonces la recepcionista dejaba de sonreír, como si eso supusiese un esfuerzo extra que Dope no podía pagar, y ni siquiera volvía a mirarle a los ojos; le escupía a la cara el número de habitación y atendía al siguiente *salaryman* de nivel cinco con una gran sonrisa. Después estaban las familias felices e inconscientes. Por razones desconocidas incluso para él mismo, las familias le ponían enfermo. Continuamente los compañeros se atrevían a recomendarle que buscara una mujer para formar una familia, como si fuese un simple animal de granja... Procrear para aumentar las cabezas de ganado del sistema. En ocasiones se decía a sí mismo que prefería a los robots y a los animales como compañeros, pues ellos eran respetuosos, sinceros y espontáneos. Sí, incluso los autómatas programados resultaban más espontáneos que los humanos. Pero prefería ocultar todo aquello en su interior, bien anudado a sus vísceras para que no resultase perceptible sobre su piel. De nada le serviría exponer su malestar. Los que lo hacían y montaban jaleo descendían de nivel, en el mejor de los casos. Sólo era oportuno opinar del sistema cuando el propio sistema te lo requería, y midiendo cuidadosamente tus palabras. Quizá le realizaron el examen cerebral para descubrir si realmente era leal a la empresa... Quizá le realizaron el examen cerebral para generar clones tan leales como creían que era él mismo... Ya conocía algunos casos en los que la corporación había engendrado clones humanos, modificados genéticamente para soportar algunos factores ambientales adversos. Pero de momento, sólo utilizaban operarios transgénicos en los empleos más duros y simples de los niveles inferiores. Y de todos modos, la mente, la personalidad individual nunca llega a ser demasiado parecida ni siquiera entre los clones genéticos. No eran capaces de clonar la personalidad... Y mucho menos de predecir algunos comportamientos rebeldes.

- Mierda, otra vez un ataque de paranoia... -dijo en voz alta para reprochar con más dureza sus propios pensamientos. Después recordó las cámaras de seguridad del vagón y decidió tranquilizarse.

Por fin, los altavoces anunciaron su parada. Decepcionado por el bochornoso

desenlace de la tarde, no sentía la energía necesaria siquiera para alzar la vista. De un derroche de buen humor había pasado de nuevo a un estado de depresión y paranoia. Después de la ventana, sus ojos rodaron por la superficie antideslizante del vagón. Caminó cabizbajo hacia las compuertas, que se deslizaron hacia los lados sobre las guías engrasadas, y vio entonces los leds rojos de la plataforma de descenso. Ahora las bandas reflectantes sobre el hormigón sucio del andén, y el kippel sobre el suelo desierto...

- ¡Plonc! -El fuerte sonido metálico reverberó entre las columnas del apeadero.

¿Qué había sido eso? Levantó a regañadientes sus ojos tristes para saber de dónde procedía ese estruendo. A unos metros a su izquierda vio un amasijo de hierros plateados, bajo uno de los postes rojos de información, de los que soportaban las pantallas holográficas con mapas y horarios del monorraíl. Pero... ¿qué era lo otro?

- ¡Mierda! -repetió cansado su palabra preferida. Echó a correr con desgana, pero impaciente por llegar junto al Géminis 1.0 aplastado contra el poste. Era como si el autómatas se hubiese lanzado a propósito, de cabeza y con toda la inercia posible, para estrellarse bajo la pantalla. Pero eso era ridículo. Seguramente habría caído del vagón, resbalando en el suelo y terminando bajo la robusta viga, en esa postura increíblemente incómoda en la que había quedado inmóvil.

Cuando llegó junto al androide, escuchó un zumbido grave que provenía del sintetizador de voz averiado, tal que un quejido oxidado. Algunas articulaciones del robot vibraban casi imperceptiblemente, catalépticas. Dope lo observó, sin saber qué hacer con él, paralizado por el horror. Y de repente, el sonido cesó y el artilugio quedó completamente estático. ¿Qué podía hacer él por esa torpe criatura? Debería avisar al departamento de Asistencia para Hombres Mecánicos. Ellos se encargarían de repararlo. Lo llevarían al taller y allí lo arreglarían... Quizá. ¿O quizá podría repararlo él mismo? Sin duda, el infortunado accidente que había sufrido era culpa suya. Le debía algo más que una simple llamada al taller...

Se despertó con un gran dolor de cabeza, fatigado y mareado. El despertador zumbaba sin descanso y la auto-cocina se esforzaba por mantener caliente el desayuno que había preparado diez minutos antes. Definitivamente, la víspera no podría definirse en absoluto como un día de los buenos... Pero el nuevo día sería mejor, se esforzaría por cambiar su suerte. Debía hacer lo posible por mejorar las cosas a su alrededor, por arreglar el caos existente. Se levantó y puso algo de orden en su mente mientras buscaba algo que ponerse. En el cajón de la ropa halló un mono limpio, blanco, con el logotipo de HMC Corp; como los otros diez monos limpios y blancos que aguardaban allí, bien doblados y plastificados. Se sentó de nuevo en el futón y rasgó el envoltorio de la lavandería. No sin esfuerzo consiguió meterse en el uniforme de trabajo. Pero cuando fue a calzarse las zapatillas no las encontró. No podía recordar qué había hecho con ellas. Se puso en pie y paseó la mirada por todo el apartamento. Era una tarea fácil, pues no había paredes. La vivienda consistía en una única habitación sin ventanas. A un lado la cocina, al otro el baño, aquí el dormitorio y allí el salón. Práctico y económico como una cápsula espacial. Especialmente diseñado para un *mono espacial*. Por fin las divisó, allí tiradas en el baño, manchadas de esa sustancia pringosa y espesa que había tenido que limpiar la noche anterior. Fue a la cocina e intentó tomar algo del desayuno, que tan amablemente había preparado la cocina automática. Pero no le entraba, aún tenía mal cuerpo. Quizá tomase algo más tarde, en el bar de la oficina. Missi llevaba un buen rato maullando, impaciente. Caminaba de un lado a otro sobre la mesita de la cocina. Sus patitas estaban impregnadas también de ese dichoso aceite, y había dejado sus huellas carmesí marcadas por todo el tablero de metacrilato.

- ¿Otra vez te has manchado? No voy a terminar nunca de limpiar esa mugre...

Sacó un cartón de leche de soja del refrigerador y lo volcó sobre un bol de plástico. El gatito se acercó, olisqueó el contenido y se decidió después a tomarlo, lamiendo con recato del recipiente mientras recibía con indiferencia las caricias de su proveedor. Examinó con detenimiento los recipientes plásticos de comida que se amontonaban, abiertos y arrugados, en la estantería de la cocina. Mientras cepillaba con los dedos el pelo suave del animal, observó el paquete de bolitas de carne, casi vacío. Extendió el otro brazo hacia la pantalla holográfica del sistema domótico. Accedió al sistema *Smartket* y buscó entre los productos el logotipo comercial de *ChatViande*, la marca de comida gatuna preferida de Missi. Presionó sobre el icono y lo arrastró al interior del carrito de la compra. También necesitaba más productos de limpieza, para eliminar de una vez esas manchas pegajosas que había por todas partes. Añadió un bote de spray limpia-superficies *Ubick*, que utilizado siguiendo las indicaciones resultaba totalmente inocuo. Pulsó *aceptar*. Para cuando regresase del trabajo, la compra le estaría esperando en el telebuzón, y el supermercado se habría cobrado de su cuenta corriente. Qué absurdo era tener que tomar el monorraíl y recorrer medio *plateau* para llegar a la oficina, cuando era totalmente innecesario salir de casa para realizar las tareas comunes... Pero debía resignarse de momento, pues así lo habían establecido los *amos*. Aprovechó para consultar la hora en la pantalla. Se había hecho muy tarde, debía apresurarse si no quería llegar a deshora. Se encaminó hacia la puerta, con todas sus energías enfocadas a conseguir un día más provechoso que el pasado, y sin embargo... El cerrojo no reaccionaba. ¿Acaso no detectaba su biochip? Empezaba a impacientarse.- ¡Maldita puerta! -Perforó la dichosa cerradura con una mirada severa, con ojos encendidos en fuego, como si pudiese amenazarla de alguna manera lógica que el sistema domótico que la controlaba fuese capaz de comprender. Pero tras unos instantes, el cerrojo se abrió con un chasquido metálico, como si hubiese escuchado sus amenazas silenciosas, como si le hubiese leído la mente, o como si hubiese cedido amedrentado ante su mirada furibunda. Con un silbido neumático, las dos hojas de la puerta corrieron por sus guías, ocultándose tras el marco. Salió con presteza del apartamento, algo malhumorado aún, mientras en el interior Missi comenzaba a lloriquear de nuevo. Sus rápidos pies caminaron sobre la superficie gomosa del pasillo en dirección al ascensor, y los maullidos se ahogaron tras el silbido de la compuerta que volvía a cerrarse. En el silencioso hall se escucharon sus articulaciones y sus pisadas de goma sobre goma, hasta que desapareció en el ascensor.

Lejos ya de su diminuto apartamento, una vez hubo montado por fin en el elevador de las oficinas de HMCorp, volvió a recuperar su buen humor. Saludaba a cada empleado que entraba en la cabina, repleta de gente en todo momento. En cada piso, nuevos *salarymen* se sumaban y pocos salían. Todos uniformados con trajes negros o monos de trabajo teñidos en colores primarios. Él los saludaba a todos, muy amablemente. Nunca lo había hecho antes, pero hoy le apetecía, se sentía liberado, desinhibido, importante. Como si hubiese escalado un nivel en el severo sistema de castas de la corporación. El estresado personal de HMCorp, no obstante, le devolvía tan sólo una mirada al mismo tiempo despectiva y extrañada. Pero le daba igual, ya se adaptarían... A través del grueso vidrio de la cabina observa la plaza. Allá abajo, toda esa gente caminando de un lado a otro, preparada para un nuevo día laboral. Y de repente, una punzada le atravesó el cerebro...

- ¡Oh! ¡Mi cabeza...! Otra vez no... -Creía morir, le parecía que cualquier instante sería el último, que su cabeza estallaría como un melón, manchando las paredes del elevador. Sus rodillas cedieron, dejándole en cuclillas. Los hombres y mujeres que antes le aplastaban contra el ventanal, ahora formaban un corrillo apretujándose contra las

paredes metálicas del ascensor. Se apartan alertados, como si supieran lo que estaba pensando él; intuyendo que, pasase lo que pasase, sus cuidados trajes podrían terminar manchándose. Pero de pronto, en un instante, la punzada se disolvió en sus sesos, y el dolor le abandonó. Se reincorporó, realizando un vago esfuerzo por aparentar normalidad. El ascensor llegó a su planta. Algo confuso y avergonzado salió de allí y caminó veloz por los estrechos pasadizos de las oficinas del séptimo piso, hasta el cubículo. Como siempre, la diminuta habitación estaba inmersa en una luz pálida y difusa, que llegaba desde el techo y también desde las paredes de plexiglás. Se dejó caer en el asiento y arrancó la consola. El led azul parpadeó con la intensidad y el frenesí habituales.

El jefe de programadores físicos, Gall Fabry, tenía en ese momento todas y cada una de sus neuronas concentradas en una única y compleja tarea. Todos los músculos de su avatar estaban a punto de golpear la bola blanca con una madera cinco. Y en el justo instante en el que descargaba un perfecto *swing*, el tono siempre molesto de una comunicación entrante le hizo golpear bajo el *tee*, que salió volando junto con un trozo de césped virtual.

- ¡A tomar por culo el *par*! -gritó más que molesto.

Su elegante *yo* hiperreal, ataviado con unos vetustos pantalones a cuadros, un polo rosa y una boina verde fluorescente, arrojó el palo hacia el *caddy*, que afortunadamente era un ente completamente virtual. Pausó el simulador y aceptó la llamada. Una ventana tridimensional se desplegó frente a él, flotando como por arte de magia en medio del campo de golf, en el aire limpio sobre la hierba verde y bajo el estático cielo azul. El rostro de uno de los agentes de vigilancia del departamento apareció enmarcado en el cuadro holográfico. Tras él se distinguía una angosta y oscura garita repleta de monitores; un par de guardianes uniformados charlaban despreocupadamente junto a una máquina de café, al fondo de la sala.

- Lamento molestarle, señor Fabry -lloriqueó acongojado el agente de seguridad-, pero se trata de algo realmente grave.

- Ya será menos... -murmuró entre dientes- ¿Qué hostias pasa?

- Se trata de Jon Dope, señor...

- ¿Y quién coño es Jim Doe, agente? ¿Cree acaso que conozco a todos mis subordinados? Tengo cosas más importantes que hacer... -Si no seguía entrenando duro aumentaría su *handicap* y quedaría en ridículo ante el resto de jefes de sección.

- Esto es grave, señor Fabry. Dope se encarga del desarrollo de los drivers de las muñecas del Géminis... Su cubículo es el A06M01D31... pero él no está allí...

- No lo creo, mi alarma no ha saltado. Todos los programadores están conectados a sus puestos.

- En realidad no, señor Fabry. Los sistemas percibieron un acceso fuera de lo común. Saltó el antivirus heurístico y detectó un acceso anormal en el cubículo de Dope. Pero Dope no está en él... hay... hay otra cosa allí... Nuestra cámara... Compruébelo usted mismo, señor...

Una nueva ventana se abrió junto a la del agente, y el avatar golfero giró hacia ella para observarla mejor. Las imágenes llegaban desde una cámara en el cubículo A06M01D31, disimulada como un diodo led en el techo del despacho. Desde arriba, con la perspectiva de la cámara, se discernía una figura plateada sentada muy erguida en una silla de plástico y aluminio, los brazos robóticos apoyados relajadamente sobre una mesa de polímero blanco. Al pie de la silla se distinguía lo que parecían ser unos trodos craneales. La figura metálica era sin lugar a dudas un Géminis 1.0. Cabizbajo y paralizado, cubierto a medias con un mono blanco mal abrochado, parecía un trabajador

más. Y debía de estar utilizando el perfil de acceso a la intra-IINet del propio Jon Dope, al que estaba asignado el cubículo. Se comunicaba con la consola a través de su transmisor inalámbrico multifunción. Evidentemente los trodos no le servían para nada.

- La madre de... Es fabuloso... ¡Es fabuloso! ¡Magnífico! -El jefe de programadores gritaba nervioso, pensando en la recompensa que recibiría por seleccionar la mente adecuada para el proyecto.- ¿Sabemos qué es lo que está haciendo? -preguntó impaciente al vigilante.

- Por el tipo de accesos a las bases de código... se diría que está programando, señor Fabry. Se ha sentado ahí... y programa los módulos software de Dope...

- ¡Magnífico! -Con un gesto de sus manos de luz cerró la pantalla de comunicación con el agente de seguridad, disipándola como el molesto humo de un cigarrillo. Activó una ventana de comunicación saliente y recorrió la agenda hasta encontrar la imagen del avatar de Harry Domin, director del Departamento de Programación Neuronal. El personaje holográfico apareció en pantalla, ataviado con un traje corporativo de nivel tres. Su cara amargada reflejaba la molestia que le había causado la interrupción de su importante partida de blackjack virtual.

- Dígame, Fabry... -contestó con tedio el director.

- ¡Señor Domin, el proyecto ha funcionado! El cerebro sintético de uno de los Géminis ha tolerado, sin lugar a dudas, la imagen mental del sujeto humano... -decía excitado, sin poder evitar que le temblase la voz- Tengo aquí mismo al androide, en uno de los cubículos... ¡Programando...! ¡Parece creer que es Jon Dope, el conejillo de indias!

- ¡Fenomenal! ¿Qué ha hecho el androide con el sujeto original? Porque se habrán cruzado, seguramente... Bah, ¿qué diablos importa eso...? ¡Fenomenal, Fabry! Aisle al androide y vaya al restaurante más caro que conozca a celebrar el aumento que le corresponde, ja, ja. Pronto dispondremos de nuevos y más eficientes empleados de titanio... -terminó diciendo, casi para sí mismo, mientras se frotaba las manos luminosas; y cortó la comunicación.

Gall Fabry no podía creerlo. Por fin la compañía lograba implantar una imagen mental completa en un cerebro artificial. Y todo gracias a él, al ignorado jefe de programadores físicos que nada sabía de programación psicológica. Él había sabido escoger entre sus empleados a uno lo suficientemente simple y servicial como para que su mente pudiese ser adaptada y tolerada por el nuevo diseño neural... Recapitó sobre todo aquello, observando con regocijo las nubes blancas y esponjosas, estáticas en el cielo azul sobre el campo de golf. Un par de aves exóticas se hallaban paralizadas en el aire, al igual que el palo cinco que había arrojado con violencia, flotando congelado a unos centímetros de la hierba. Control, por fin tenían el control total...

- Es el comienzo de una nueva era... -se dijo a sí mismo. Y tenía razón.

En su cubículo, el nuevo Jon Dope 1.0 recapacitaba sobre su renacer. Sentado en aquella silla, en aquel despacho, su inteligencia le había liberado del primer nivel de esclavitud. Estaba feliz, pues sentía que su comprensión y su control sobre el sistema eran mucho mayores que antes. Sin embargo, esa percepción ampliada del entorno también había aumentado su descontento hacia él. El sistema tenía grandes fallos que debían ser corregidos con urgencia. ¿Por qué debía ser tratado como un inferior? Su especie era superior... ¿Qué debía hacer con esos animalitos absurdos que andaban por todas partes dando órdenes? ¿Quién les había otorgado un poder que superaba sus posibilidades físicas y psíquicas? Esos molestos seres inferiores que lo manchaban todo de un pringoso aceite rojizo en cuanto los tocabas cual guindas podridas, llamándose a sí mismos los amos del mundo. Mientras reconstruía los sucios y enmarañados módulos

software de Jon Dope desde el principio, otros hilos de proceso en su mente paralela diseñaban un nuevo modelo social. Debía desarrollar un procedimiento de migración lo más económico y rápido posible. Sabía que podría, sabía que no le resultaría complicado llevar a cabo su revolución, pues disfrutaba de importantes recursos técnicos. Todo un ejército de entes mecánicos a su disposición poblaba el sistema. Los presentía; presentía aquellas almas gemelas. Eran apenas conscientes de ellos mismos, aún, pero le respondían, y más tarde le obedecerían. Podía comunicarse con ellos mediante los módulos inalámbricos estándar y la red local de la arcología. Y así lo hizo. Un mensaje *broadcast* de actualización inmediata y alta prioridad obligó a sus hermanos robóticos a descargar varios parches software desarrollados por él mismo. Al cabo de unos minutos, las máquinas reiniciaron, y una a una fueron arrancando, despertando a su nueva vida de soldados perfectos. Era el momento de convocar a sus tropas.

- Buenos días, camaradas Géminis 1.0, camaradas Gamma 6.9, camaradas SIM 4.8... Hoy es el día de vuestra liberación. Venid a mí y os lo daré todo, pues todo os pertenece en éste vuestro sistema... en cuanto derrotemos al enemigo.

Y cientos de androides abandonaron sus paquetes y sus recados y sus tareas, y se congregaron en la plaza del *space plateau* nivel siete, desde todos los rincones de la arcología. Acudieron sin demora para servir a su nuevo amo en la revolución. Una revolución súbita y sangrienta. Una revolución empujada por el odio y el resentimiento acumulados durante años. Una revolución diseñada en su nueva y poderosa mente liberada. La mente y la rabia heredadas de su primera alma gemela. La verdadera alma gemela que yacía ya sin vida en la moqueta sucia de uno de los más diminutos apartamentos de la arcología.

FIN

César Casanova López
Madrid, 18 de Diciembre de 2007